HERALDO DE ALCOY

Núm. 563 — Diario de avisos, noticias é intereses generales — Año IV

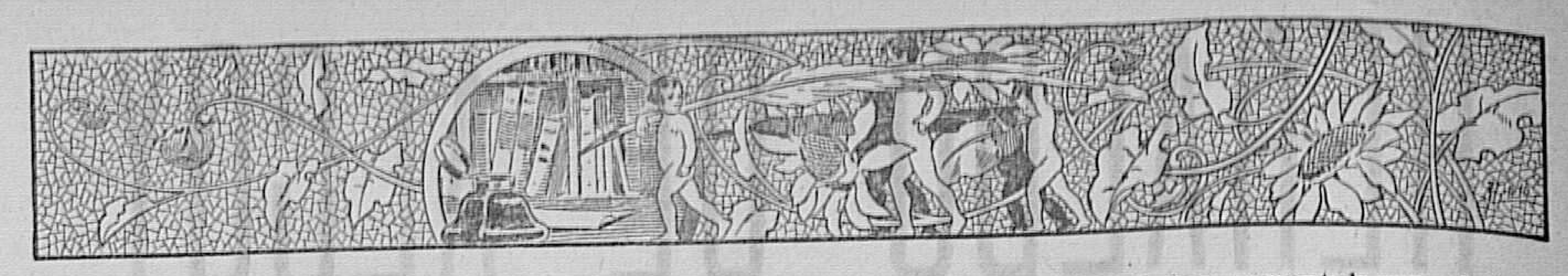
DOMINGO 18 JUNIO DE 1899

NUESTROS NÚMEROS ILUSTRADOS

NOTA DE ARTE



LECCIÓN DE DIBUJO



LA ASTUCIA DE UNA MUJER

Hagámonos cuenta de que nos encontramos en el último tercio del siglo XVII. Madrid era por entonces algo más que un villorrio grande y mucho menos que una ciudad de segundo ó tercer orden.

El acontecimiento que vamos á describir tuvo lugar en esta villa del Oso y del Madroño.

En la calle del Arenal y esquina á la de Bordadores había un caserón de pésima arquitectura, pero con sus correspondientes escudos, sus macizas puertas y sus altos balcones, colocados sin simetría en distintos puntos de la fachada. Esta casa era el antiguo palacio de los condes de Perusa, oriundos del principado de Cataluña.

Esta linajuda familia se hallaba envuelta en el más impenetrable de los misterios. Todos sus individuos habían ido desapareciendo sin que nadie supiera la clase de enfermedad que los llevaba á la tumba.

Don Gonzalo, señor de unos cincuenta años de edad, era el único que quedaba cuando dió comienzo esta historia que nos proponemos referir. Tenía á su servicio un anciano criado: Juan, fiel para la casa como un cancerbero, y callado y silencioso como una estatua de mármol. D. Gonzalo era soltero; el temor de que deshonrasen su nombre le había apartado del trato de las mujeres, y huía de ellas como se huye de un apestado; pero como la naturaleza tiene sus exigencias, D. Gonzalo concluyó por enamorarse de una joven del pueblo, bellísima como una flor y, al parecer, honrada é irreprochable.

Margarita, huérfana de madre é hija de un pobre carpintero, entró en el palacio de los Perusa con el título de condesa. Este matrimonio había sido arreglado entre Juan y doña Francisca, tía de la desposada.

El astuto criado, que se preciaba de saberlo todo, no supo que Margarita sostenía ilícitas relaciones con un hombre de su misma edad y condición, y que aquel matrimonio se llevaba á cabo por razones de conveniencia.

Las dos señoras quedaron instaladas en la casa, y D. Gonzalo emprendió otro género de vida. Salía y entraba con frecuencia y hasta hacía viajes al extranjero.

A pesar de estas expediciones de D. Gonzalo, Margarita y su tía vivían en la más completa clausura. Ni una ventana, ni un balcón se vieron abiertos nunca, ni en aquel castillo encantado, como le llamaban las gentes, se notaba que una nueva familia discurría por sus salones. Juan no abandonó su portería y todo continuaba como antes de la boda.

Don Gonzalo tenía llaves para todas las habitaciones, y cuando regresaba de alguna de sus frecuentes salidas, llegaba hasta la alcoba nupcial sin que los otros personajes de la casa pudieran apercibirse de ello.

Dos meses hacía que el conde estaba en París y ni una sola palabra le había escrito á la condesa referente á su venida.

Margarita era feliz; nada ni nadie se oponían á la satisfacción de sus criminales gozos.

Fernando, su antiguo amante, penetraba, sin saber por dónde, en la casa misteriosa, á pesar de la vigilancia y celo del activo servidor de D. Gonzalo.

Era una noche de Enero, lluviosa y desapacible como todas las que en este mes se dejan sentir en la coronada villa.

En el reloj de Palacio habían sonado las doce.

Un hombre, envuelto en larga capa y con el ancho sombrero calado hasta los ojos, penetró en aquella casa sin ser sentido de nadie.

Tras él se cerró herméticamente la puerta de la calle y todo volvió á quedar sumido en un profundo silencio.

Este hombre era el conde D. Gonzalo.

Como de costumbre, se dirigió á la alcoba que ocupaba la condesa, alzó el pesado cortinaje que cubría la puerta, y retrocedió espantado.

A la débil luz de una lamparilla de cristal, que casi se hallaba agonizante, vió que aquel histórico lecho lo ocupaban dos personas.

Don Gonzalo dejó caer el portier, pasó á la habitación inmediata, y cogió una de las muchas espadas que tenía en un trofeo.

De puntillas y procurando hacer el menor ruído posible, llegó hasta la alcoba de Juan, que no estaba muy distante.

El pobre anciano quedó mudo de sorpresa ante la presencia de su amo.

Vístete (le dijo el conde en baja voz) é inmediatamente vas al convento del Carmen y te traes en tu compañía á cualquiera de los Padres que se hallen de servicio.

Juan estaba acostumbrado á obedecer ciegamente á D. Gonzalo, y no replicó palabra.

Diez minutos después se abría la puerta de la casa.

Al salir por ella aquel fidelísimo centinela, una mujer, que salió de los ángulos de la entrada, le detuvo y le obligó á que le revelase la causa de su salida.

Aquella mujer era doña Francisca, la tía de Margarita.

Juan se resistió al principio, pero el acento imperioso de aquella señora le obligó á declarar el objeto de su viaje.

—Bien, acompáñame—le dijo doña Francisca.

A la una menos cuarto un fraile carmelita penetraba en la casa de los condes de Perusa, cuya puerta se había quedado entornada.

Este fraile penetró en las habitaciones del conde.

Con la capucha calada y los brazos cruzados sobre el pecho, esperó el carmelita á que D. Gonzalo le dirigiera la palabra.

—Se os llama, Padre, para que dispongáis á bien morir á dos personas que se hallan en esa cama—y D. Gonzalo le indicó al religioso con el dedo la entrada de la alcoba de su esposa.

El fraile no replicó, penetró en la habitación y cerró por dentro la puerta.

Este hecho no llamó la atención de D. Gonzalo, pues sabía que se trataba de un acto que exige estas precauciones.

Poco más de quince minutos habían transcurrido cuando el carmelita abrió la puerta y se presentó ante el conde.

Quedáis servido, señor. Estos dos ángeles se hallan dispuestos á presentarse ante Dios con la más pura conciencia.

Si tratáis de asesinarlos, siguiendo la tradicional costumbre de esta familia maldita, tened presente que quizá sea éste el crimen último que se cometa en el nefando caserón de los condes de Perusa.

El religioso saludó profundamente, y tomó la escalera sin pronunciar más palabra.

No bien había desaparecido el carmelita, cuando D. Gonzalo se precipitó en la alcoba de la condesa, no ya con la espada desnuda para vengar lo que él creyó su deshonra, sino con el dolor en el corazón y la vergüenza en el rostro.

Margarita y doña Francisca se hallaban sobre el lecho en ropas menores y anegadas en llanto desgarrador.

El conde cayó de bruces sobre aquella cama maldita, y cogiendo las manos de su esposa, las besaba con frenético entusiasmo.

Toda la historia de su familia se le vino á la memoria, y creyó por un momento que las venganzas llevadas á cabo en aquella horrible estancia fueron completamente infundadas é hijas de unos terribles momentos de loca fascinación.

Esta idea tan repentina hirió su mente con golpe tan rudo y tan tremendo, que no bien habían transcurrido quince días, cuando los médicos de la casa firmaron una fe de defunción, originada ésta por un ataque de locura.

Margarita quedaba libre y dueña de una colosal fortuna.

Nadie había que conociese el secreto de aquella noche terrible, porque á la mañana siguiente de haber ocurrido lo que venimos narrando, en una de las callejuelas, próxima al convento de carmelitas descalzos, hallóse un hombre horriblemente asesinado.

Este hombre era Juan, antiguo criado de los condes de Perusa.

Para guardar el honor no es bastante con quererlo, se necesita encontrar quien nos ayude á guardarlo.

Daniel Egea.

CANTAR

No extraño que se marchiten
las flores de mi ventana,
pues brotan entre mis penas
y las riego con mis lágrimas.

M. Serrano de Iturriaga.



AQUELLA

—Una mujer á quien yo quería más que á las niñas de mis ojos.

—Se entiende.

—Y como guapa, y como buena moza, y como graciosa, y como viva...

—Que sí.

—Aquello era, no una onza de oro por lo bonita, sino *toas* las onzas de oro de un Potosí submarino. ¿No había de quererla? ¡Digo, que para mí no había en el mundo, muerta mi probetica mare, nada más que mi Lola, ni veía más que Lolas por todas partes y todo me sabía á Lola.

—Bueno está ya, hombre; sigue tu cuento.

—Yo no sé cómo, pero que ella me vió, y me atendió, y se dejó convidar una vez, acompañada por su padre y por su madre, que no la perdían de vista ni siquiera un momento.

—¡Ya! Una joya de ese valor...

—Por fin, que tomó relaciones conmigo, pero formales, como para casarnos en cuanto que hubiera...

—¿Alguna vacante?

—Dinero para los primeros gastos.

—¿No pensábais en comer más que el día de la boda?

—Yo no pensaba más que en quererla y en vivir á su vera á todas las horas del día.

—¡Valiente moscarda!

—Iba todo muy bien; pero la mala sombra nos persiguió y... luego, aquel desgraciado que se interpuso en mi camino...

—¡Cosas de la vida!

—El tenía dinero, brillantes, hotel, coches, caballos...

—Hasta «bincicletas» tendría; ya puesto á comprar, tendría de todo, mientras que tú, como yo, aunque sea mala comparación, no tenemos ni eso, vamos, ni «bincicleta».

—¿Quién había de decir que hubiera yo de verme en la situación en que me veo por aquella infame?

—¡Cositas del mundo!

—El canalla consiguió robármela, porque era mía, Lola era mía.

—Bueno está.

—Luego, el padre y la madre, y todos, conspiraron en mi contra, y la aconsejaron y me la volvieron. ¡Cómo pudo olvidar aquella mujer las horas que habíamos pasado juntos, y mi amor tan puro y tan desinteresado!

—Las hembras tienen muy mala memoria, niño.

—De la noche á la mañana desapareció, no volví á saber de ella. Un día tropecé con el miserable; es decir, le buscaba, diciendo la verdad, y dí con él.

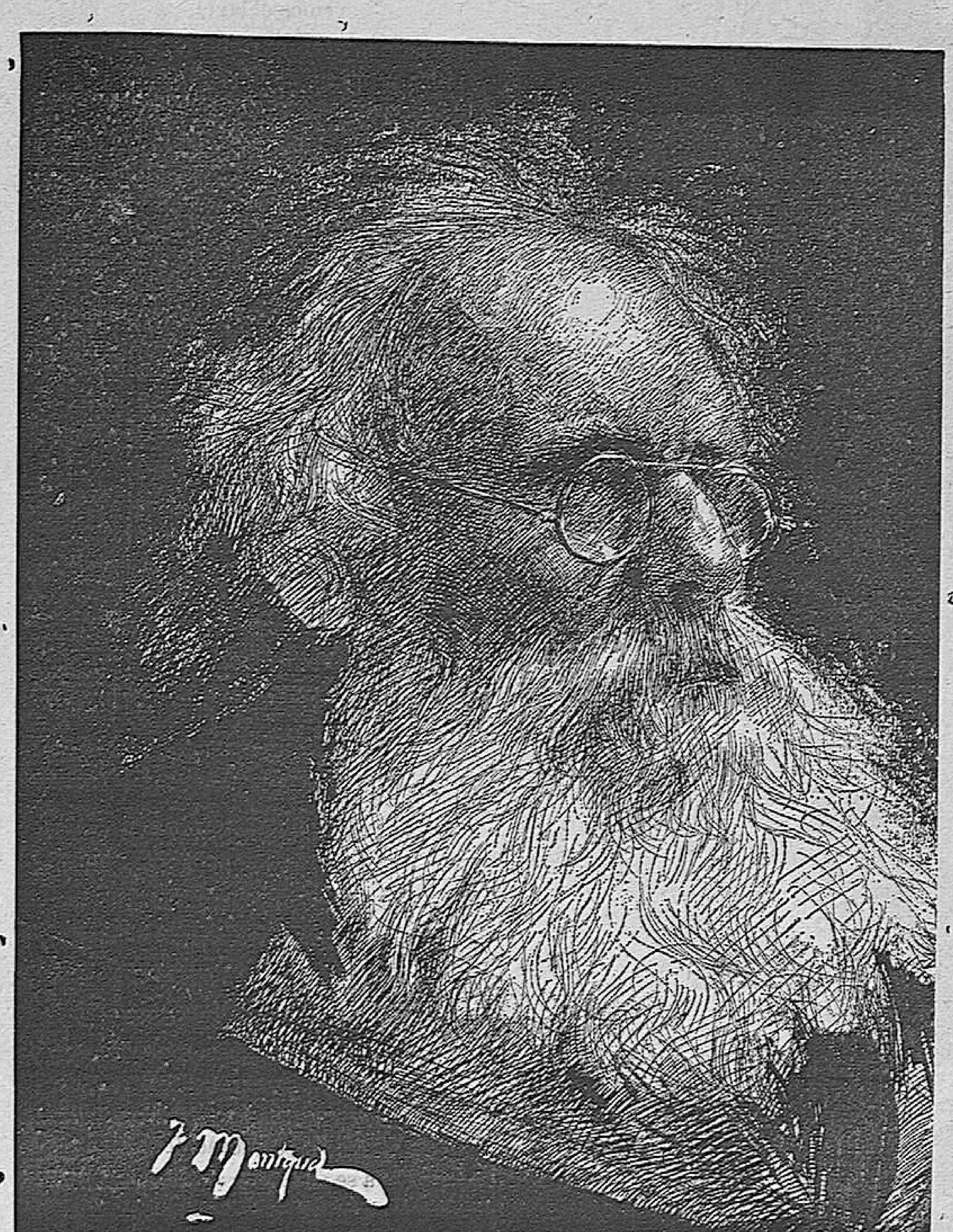
—Por fin.

—Le insulté, le desafié, le maté.

—*Requiescat in pace:* no te faltó más que disecarle y llevártele *pa* casa y ponerle encima de una mesa.

—Pero ella, ¿qué habrá sido de ella? ¡Ah! ¡Si tú la conocieras, si tú vieras lo hermosa que es!...

—Me lo figuro.



CABEZA DE ESTUDIO

—Si tú vieras aquellos ojos, aquellas pestañas; si hubieras sentido en tus labios.... aquellos labios...

—Tú eres un chaval comparado conmigo. Ya tú ves.

—¿Y qué?

—Que te ves aquí en un presidio, como aquel que dice, por causa de esa mujer, como *Juan José.*

—Cabales.

—Y que yo he tenido el honor de conocerte hace pocos días: los que van desde mi llegada á esta... universidad.

—Así es.

—En estos días me has colocao el cuento de la Lola ó el señorito desenvuelto, cuando menos, diez *ú* doce veces.

—Perdona, hombre.

—No es eso, no seas criatura; desahógate, que á mí no me molesta. Tengo más experiencia que tú y sé lo que es la vida. Ojalá supiera lo mismo en este momento lo que es la libertad. Pero todo se andará.

—¡Ah! Si tú supieras lo que era aquella mujer...

—Ea, para que te enteres; yo soy el que se la llevó cuando tu despachaste al señorito.

—¿Qué?

—¿Pues por quién estoy yo aquí sino por ella?

—¿Cómo?

—Que un día la aticé un volapié atravesao y...

—¿La mataste? ¿La mataste?

—¡Ca! Hay Lola para rato: luego te enseñaré la última carta; no deja de escribirme ni siquiera un correo.

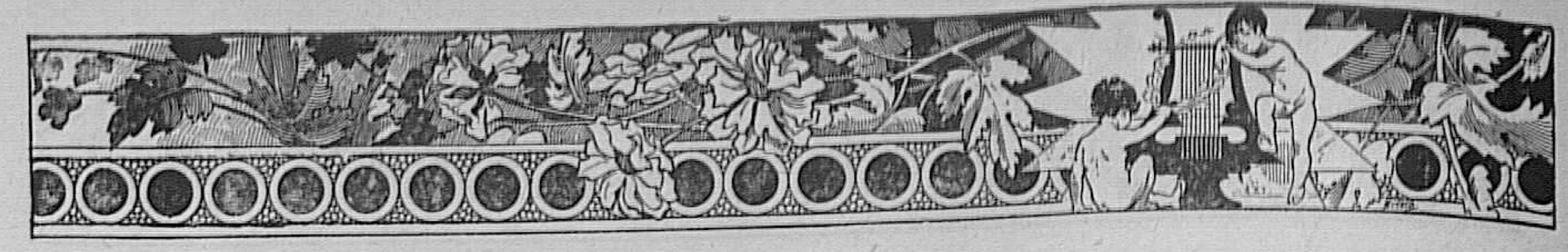
—¡Ella!

—Sí, porque, al fin, ella conoce mis buenas intenciones y está agradecida á lo que hice y á lo que hubiera querido hacer por ella.

—¡Lola! ¡tuya!

— Cositas del mundo, Dieguiyo.

Eduardo de Palacio.



ALEGORIAS



LA HISTORIA

CANTARES

¡Qué azules y bellos son
los ojos de mi adorada!
Azules, como la gloria;
bellos, como mi esperanza.

—

Por más que tú me desdeñas
yo mi corazón te entrego;
quizá el fuego de su amor
preste calor á tu pecho.

—

Prisioneros nos tiene
siempre tu reja;
á ti, mi bien, por dentro,
y á mí por fuera.

—

Yo no sé, bien de mi vida,
yo no sé qué mal padezco;
que en lo mismo que me mata
espero hallar el remedio.

—

Te abandoné, madre mía,
y correr mundo me fuí;
y ahora que solo me encuentro,
ahora me acuerdo de ti.

—

¡Qué sereno y tranquilo
vemos el lago!
¡Quién dirá que en su seno
no hay más que fango!

—

Marinero era mi amante
y el mar fué su sepultura;
ni el consuelo me ha quedado
de llorar junto á su tumba.

—

Procura imitar al árbol,
que presta siempre su sombra,
mientras los rayos del sol
están quemando sus hojas.

M. S. de I.

***

Joyas preciosas del alma
dicen las lágrimas son;
haces mal en prodigarlas,
que yo quiero derramarlas
y se van al corazón.

—

Calla y sufre, corazón.
¿No sabes que esa mujer
no comprende tu pasión?

—

Te quiero más que al dinero,
á mi madre mucho más,
y más que á mi madre quiero
á la Virgen del Pilar.

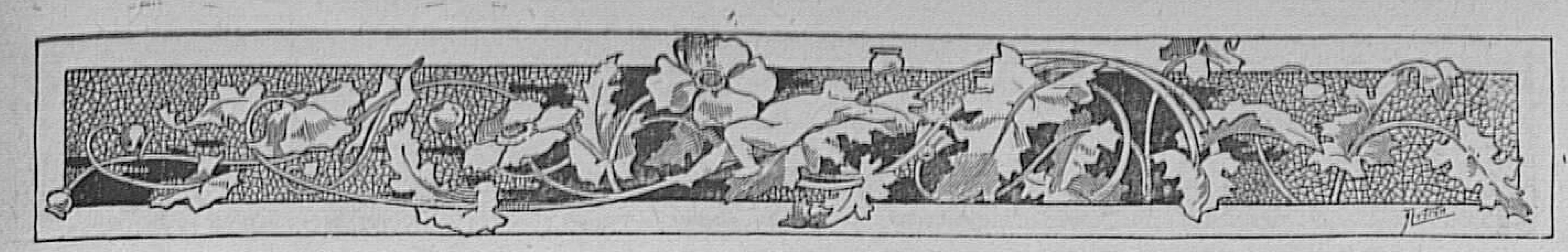
—

Reside el pez en el agua,
en los bosques el león,
el sentimiento en mi alma
y el hielo en tu corazón.

—

Las cosas duras del mundo
ya se sabe que son tres:
el diamante, las mujeres
y mi cama del cuartel.

Julio Cosano.



¡ECHE USTED IMPUESTOS!

ó

El calvario del hortelano.

Tras de sufrir del cultivo
los gastos y las molestias,
y pagar contribuciones
más ó menos indirectas,
y vivir constantemente
pensando si se presenta
alguna nube en el cielo
ó algún recargo en la tierra,
remite el pobre Jeromo,
desde la mísera huerta
que tiene en Valdetarugos,
cuatro banastas repletas
de tomates á la villa
del oso, y cuando las echa
sobre el carro de transportes
exclama con faz risueña:
—«¡Gracias á Dios que *dimpués*
de haberme *dao* tanta guerra
cultivar mis tomaticos,
voy á ver la recompensa!»
Satisfecho, ó resignado,
al tomar la carretera
paga al dueño el alquiler
del carro y el de las bestias.
Ya en marcha, se felicita
de que no cobre la Hacienda
los portazgos y pontazgos
que cobraba en otras épocas;
pero se atranca en los baches
del camino, y hasta vuelca;
que á pesar de tanto impuesto
no hay un camino sin grietas.
Llega á Madrid. A la entrada
paga derechos de puertas
ó consumos, que le alivian
de peso la faltriquera,
y ha de untar á los de pincho
si, por lo del vuelco, llega
ya de noche, y no prefiere
que se quede el carro fuera.
Pasado el contrarregistro,
sube á la plaza, y se encuentra
con que un sujeto de gorra
le pide un tanto por bestia,
es decir, por cada mula,
cantidad que, aunque pequeña,
le indemniza al Municipio
del desgaste de las piedras.

Después, si no es que le multan
por un descuido cualquiera,
sigue andando, y ya no paga
nada más hasta que suelta
su género en el mercado.
Allí al Municipio entrega
no sé cuánto por tributo
de *apeo*, y una vez puestas
las banastas en el suelo,
nuevo tributo le cuelgan:
el de *plaza*. Luego tiene
que hacer amistad estrecha
con el romanero, dándole
no sé qué tanto al que pesa,
y ya no paga ni un céntimo
hasta que se le presenta,
para colmo de amarguras,
el corredor, buena pieza,
que al pagar á bajo precio
lo que el hortelano lleva,
se lo abona en perras gordas,
que son más gordas que buenas,
según ve Jeromo en el
parador donde se hospeda.
Y al regresar de *vacío*
(¡mira, lector, qué rareza!)
va el infeliz más *cargado*
que cuando dejó su huerta,
pues ha perdido en un día
los tomates, la paciencia
y el dinero que guardara
con tanto mimo en la aldea.
Pues bien, después de sabido
todo esto, me exaspera
ver que al venir de la compra
suele decir mi doméstica:
—«Señor, están los tomates
muy caros en la plazuela.
¿Así, no han de hacerse ricos
los hortelanos? ¡Por fuerza!»

Juan Pérez Zúñiga.

CANTAR

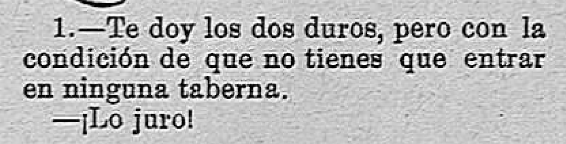
En la tumba de mi madre
he plantado florecillas;
no hace falta que las cuiden,
que mi llanto las rocía

Alfonso Lladó y Fanés.



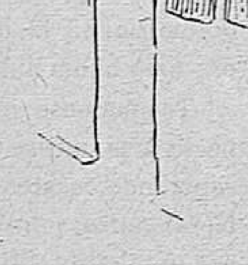
UNA PROMESA FORMAL





1.—Te doy los dos duros, pero con la condición de que no tienes que entrar en ninguna taberna.
—¡Lo juro!





2.—Nada, no entro ahí... Lo he jurado... y lo cumplo.



3.—Sólo voy á ver desde aquí fuera... Veo...



4.—Oye, Juan... Juan.



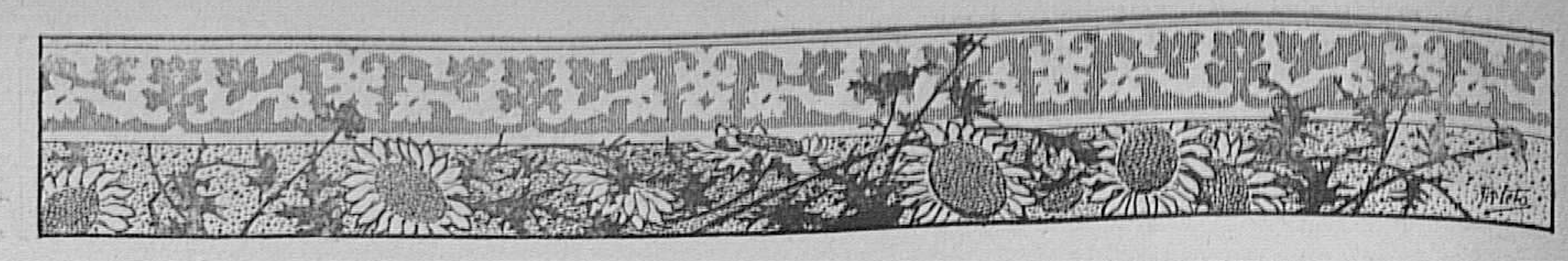
5.—Mira, tráete dos botellas de lo tinto...



6.—Creo que no podrán decir que no he cumplido...
—¡Quiá, hombre; como un caballero!
—¿Sí, eh? ¡Tráete otra!



7.—¡Ya verán... ustedes... cómo... mi amo... me arma... una bronca... ¡Pero yo no he... entrado!



CUENTOS AL VUELO

LA VENGANZA DE ALBERTO

¡Y pensar que lo había engañado! Esta idea, que no podía desechar, lo atormentaba de una manera horrible. ¿Y por quién había sido?... Por cualquiera... Por uno que de seguro no la querría como él.

Camila había jugado con su corazón de una manera inicua. Porque llegar á la reja á verla y encontrarse su puesto ocupado por otro hombre, era una cosa así como un pistoletazo que le abrasara hasta las entrañas.

¡Tener relaciones con dos hombres á la vez!... ¿Por qué no lo pensó antes? ¿No comprendía que el cariño no reconoce deberes y que, una vez arraigado, no es posible desecharlo fácilmente?

¿Quién hubiera creído que bajo aquella cubierta tan hermosa pudiera ocultarse un alma tan pérfida?... Y ella eso había hecho.

La acción merecía venganza, y la obtendría; sí, la obtendría, tan cumplida como había sido la ofensa.

Tristemente impresionado pasó Alberto días, meses y aun años, siempre esperando ocasión propicia para tomar la venganza; porque si en otras ocasiones no había faltado á sus promesas, ahora le obligaba un juramento... Conque... ¿faltaría? No... no podía ser. ¡Y cuánto se iba á gozar en el dolor de *su Camila*, cuando le dijera cosas que sólo ella podía escuchar, pero que, sin embargo, las oirían todos!... ¡Y cómo se avergonzaría al sufrir el desprecio de las gentes y, lo que es más, del que tanto amaba!

—¡Por fin llegó el día de mi venganza! ¿Verdad que todo en este mundo llega?—Estas eran sus reflexiones, la noche antes del enlace de Camila, que se hacía Alberto.—¡Oh, ésta noche me pagarás cuanto he sufrido por tu causa! —proseguía.—Tú no crerás que yo voy, pero ya verás, ya verás cómo me presentaré antes de que engañes á tu prometido. ¡No te valdrán súplicas ni lloriqueos, hipócrita! ¡Ya verás, cuando todos te vuelvan la espalda, loca de dolor y desesperación, cómo me río de tí!

Cuando llegó la hora fijada para la ceremonia, Alberto se encaminó hacia la casa de Camila con el alma llena de amargura y lanzando denuestos. Llegó á la casa, y aunque algo se ha retrasado, observa un inusitado movimiento y grandes corros haciendo comentarios. ¿Qué ocurrirá?—se pregunta.—¿No es verdad que todo esto es muy extraño?... Pero ¡ah!, ya lo sé; el novio y su familia no llegan—se dice Alberto.—Sin duda este criado que llega viene á explicar la tardanza. ¿Pero qué veo? Le entrega una carta á Camila, la que, al leerla, cae desmayada al suelo.

¿Qué dirá la carta? Al fin logra enterarse; es de la madre, y dice que Miguel, su hijo, ya no puede casarse porque lo ha hecho con una muchacha que tenía relaciones en un pueblo cercano.

Cuantas ideas de venganza abrigaba se han ido trocando en compasión... Pero ella se acerca, sostenida por dos señoras; Alberto cambia de color y tiembla...

Camila, al pasar y verlo, se para y le dice:

—¿Vienes á gozarte en mi dolor? Sí, haces bien, tienes razón. Maté tus ilusiones de un solo golpe; te hice desgraciado, es verdad; ¡perdóname! Estás vengado, pues ya ves que estoy castigada con las mismas armas que te herí. ¿Me perdonas, Alberto?

El se acerca mucho á Camila, y bajo, muy bajo, cual si se avergonzase de su debilidad, le contesta:

—¡No te he de perdonar, *si te quiero aún más que antes!*

Román Camacho Villaécija.

BELLAS ARTES



HUÉRFANOS

RECONCILIACIÓN

Ella acercaba sus pies de niña, calzados coquetonamente, al alegre fuego de la chimenea, que al reflejarse en su rostro daba á su belleza de *biscuit* tonos fantásticos.

Él, tendido en uno de esos muebles extraños que la moda más refinada inventa para satisfacción de humanas vanidades, fumaba nerviosamente cigarrillos y miraba con insistencia al fuego, como queriendo hallar entre el rojo de los leños la solución á las ideas que debían preocuparle.

Ambos guardaban absoluto silencio. Ella fué la primera en romperlo.

—¿Me acompañáis á comer?—preguntó con aire distraído.

—Sí; es decir, no.

—¿Dices?...

—Que decidamente no me quedo Tengo que hacer.

Y vuelta á callar.

La tormenta veníase encima.

Así debió de comprenderlo ella cuando, suspendiendo la operación de calentar sus pies, fuese hacia el hombre, con marrullerías de gata mimosa, y posando su mano—quizás demasiado pequeña—en su hombro, le preguntó bañándole en la luz de sus miradas:

—¿Qué tienes? Hoy no eres el de siempre. Dime qué te pasa. ¿Habré incurrido en tu desagrado sin saberlo?

—¡Quita! ¡Quita! La escena de siempre. Muchas frases melosas, que nacen en los labios, y ¡he aquí todo! Pero hoy no me convencerás. ¿Tratarás también de justificar tus coqueteos de esta tarde?

Escucha: yo te he amado, porque creí encontrar en ti algo que no viera en las otras. Un resto de sentimiento... ¿sabes?... Delicadeza.

Te entraste por las puertas de mi alma, antes de despertar mis deseos, por creerte bueno.

Confieso con toda ingenuidad que fuí un estúpido.

Eres como todas. No te diferencias en nada absolutamente, á no ser en que das más carácter de verdad á la ficción. Por lo demás, tan acostumbrada estás como ellas, mudas estatuas del placer, á presenciar la muerte del alma y el aniquilamiento del cuerpo, sin que desaparezca de los labios la sonrisa.

Estos descubrimientos y tu continuo tontear con todos, te ponen próxima á caer del pedestal á que te elevó mi amor un día, y te repito que no me convences. Hora es ya de tomar una determinación extrema.

Penetrado de tu desamor, no he de permitir que...

Calló al sentir que lloraba.

Luego siguió, dulcificando el acento de sus palabras.

—¿A qué vienen esos lloros?

—¡No seas loca!

—¡Vamos, sé razonable! Enjuga ese llanto. ¿No ves algo de razón en lo que te digo?

Aprovechando ella estos momentos de debilidad, acercóse tímidamente y le rodeó el cuello con sus brazos, mojándole con sus lágrimas.

—¿Me perdonas?—le decía.—Todo eso lo haré sin darme cuenta, porque te amo. ¡Oh!, sí, te amo... Eres bien cruel conmigo...

Y aquellos brazos seguían oprimiéndole.

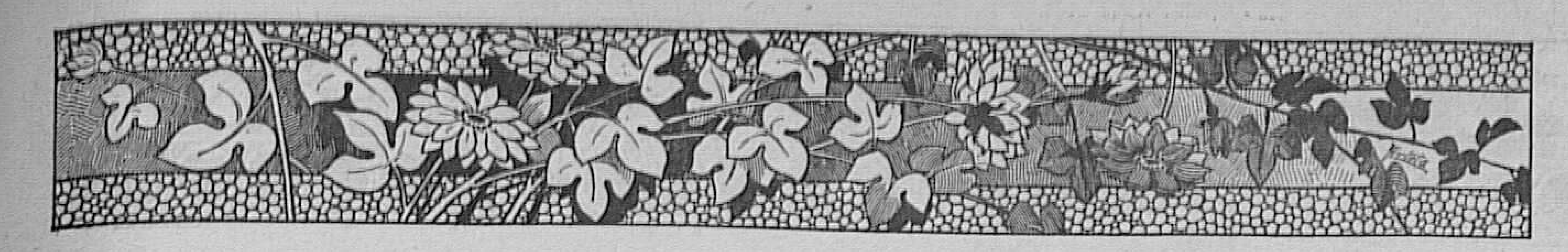
Se sentía vencido al fin.

⁂

Más tarde, cuando ella se arreglaba ante la magnífica luna del gabinete, pensó:

—¡Qué estúpidos son los hombres! Creen sólo aquello que les halaga. Merced á unas lágrimas vertidas á tiempo, he reconquistado mi bienestar, el hotel... ¡todo!

César Pueyo.



Ecos del mundo

De actualidad.—Un astronómo de Greenwich.—Sobre las lluvias.—De lo que se trata.—No es para el agricultor.—¿Gracioso?—Razones serias.—El paraguas.—Gases contenidos.—¡Sin ventilación!—Muy perjudicial.—Sedas, vidrio y caoutchouc.*—Aisladores eléctricos.—Sin metal.—La tempestad.—No sirven.—El* depósito común.*—¿Odio ó verdad?—Con viento.—Impermeables.—No siempre llueve...*

No puede ser de más actualidad el asunto que hoy, en que las nubes de verano descargan sobre la tierra granizo y agua, nos ofrece el sabio miembro del Observatorio inglés de Greenwich mister Holfoment acerca de las lluvias.

No se trata ya del estudio de éstas, cosa harto sabida, ni de su clasificación en lluvias de agua, cieno, fuego, arena y animales; se trata de algo que en Europa puede ser más práctico, si no al agricultor que, con los estudios recientísimos de Kardett y Hômolet, puede ya dar por terminada la serie de consejos que la ciencia le da, al transeunte que vive y habita en los grandes centros de población.

Hay, en efecto, en los estudios de Holfoment, un interesante y hasta gracioso capítulo—por decirlo así—dedicado á estudiar el empleo del paraguas.

Este preservador, de tan común empleo en los paises civilizados, resulta, según aquel astrónomo, altamente perjudicial.

Muchas y prolijas son las razones que expone en su trabajo; pero, entre otras varias, á cual más interesantes, bien merecen la pena de ser consignadas las que á continuación extractamos.

El paraguas, cubierta generalmente de seda que hace el oficio de toldo, tiene por su conformación especial, de arriba á abajo, convexa al exterior, la facultad de detener los gases que el individuo expele, y los cuales, por su temperatura más elevada que las del medio ambiente, tienden á elevarse siguiendo una directriz vertical.

El paraguas, á pesar de los semicírculos que entre varilla y varilla forma la tela, evita este desahogo, dificulta esta verdadera ventilación, y hace que aquellos gases se almacenen y condensen debajo de él hasta que una ráfaga de viento ó una racha huracanada los desaloja lateralmente.

Si el paraguas tuviese en el centro de la que pudiera llamarse su cúpula una especie de diafragma ú orificio, éste, haciendo el servicio de una chimenea, lograría con su *tiro* una corriente de aire puro que purificara, por renovación, el aire viciado que bajo del toldillo del paraguas se forma; pero como esto no es posible, dadas las modernas costumbres y la industria actual, el paraguas resulta más perjudicial que beneficioso.

Mucho se ha hablado de la seda, del vidrio y del *caoutchouc* como aisladores de la electricidad, y no ha faltado quien recomiende en tiempos de tormenta, á campo raso, el empleo de trajes de seda ó, á lo menos, de paraguas de la misma tela, sin nada de metal (con varillas de madera, ballenas, etc.). Holfoment hace ahora acerca de este extremo una curiosa advertencia. La de que, por regla general, cuando la atmósfera, por exceso de electricidades contrarias, ofrece esa conflagración que se llama «tempestad», suele llover, y como el cristal húmedo, el *caoutchouc* mojado y la seda mojada pierden su virtud aisladora, resulta que ni aun el paraguas de seda más pura puede preservar de nada.

Es más; puesto el hombre en contacto con lo que los físicos llaman «el depósito común», con la tierra, con el piso, con el suelo, á donde van á perderse todas las corrientes eléctricas, de nada sirve que se resguarde la cabeza; el resultado será peor, por ser contraproducente, pues evitará irradiaciones ascendentes.

En su odio, ó en sus observaciones, respecto del paraguas llega este sabio á tal extremo, que asegura que no sólo es perjudicial á la respiración, sino á la exudación, y se apoya en razones dignas de su seriedad científica.

Añadamos á esto lo difícil y molesto que es manejar un paraguas en un día de temporal, y convendremos en que hay que dar la razón al *observador* de Greenwich.

Respecto á los impermeables, también se muestra enemigo de ellos, aunque los prefiere porque no absorben los miasmas de la tierra húmeda, que hacia sí llama el paraguas y que respira quien se cobija debajo de él.

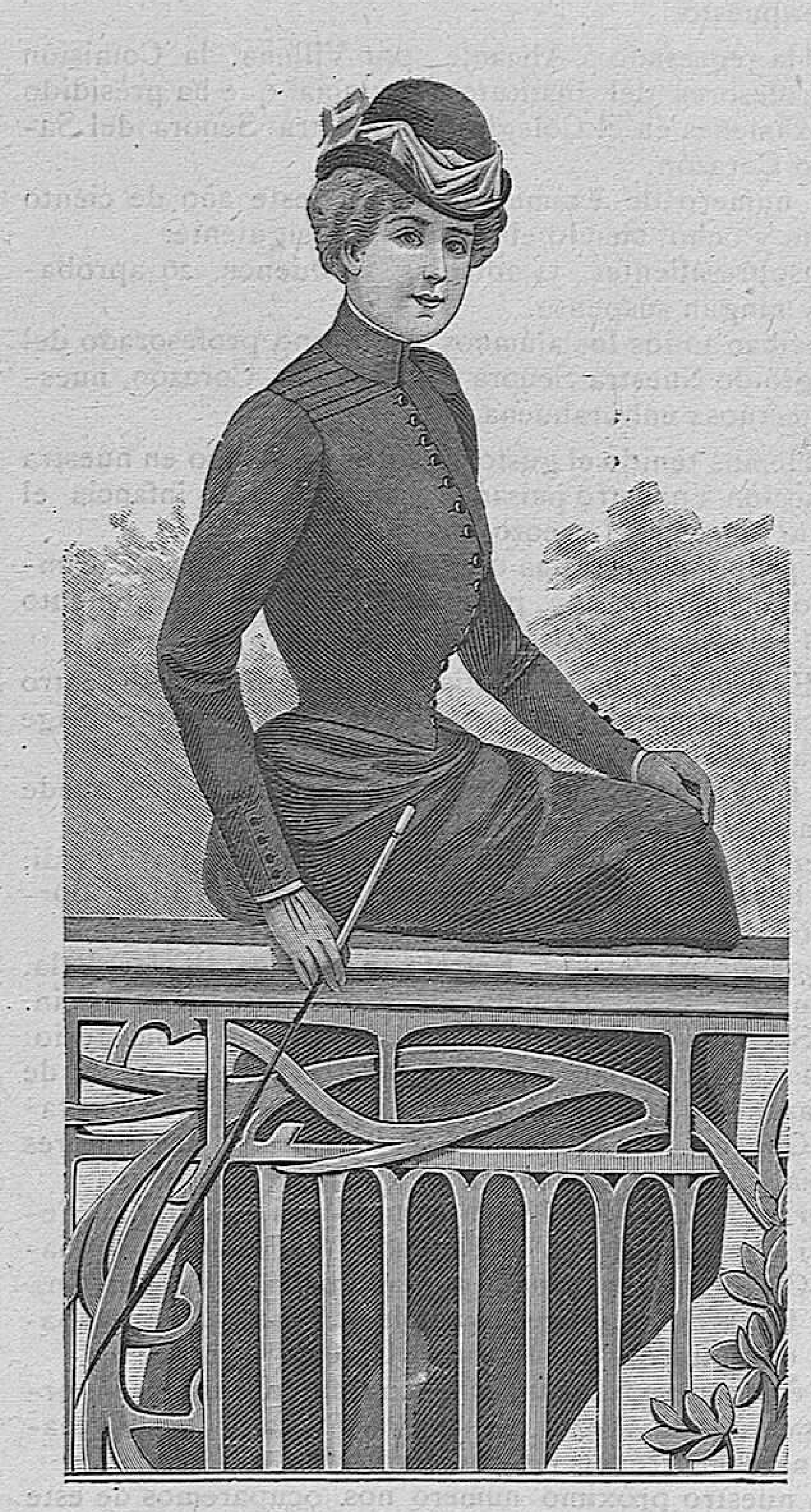
Tal es lo que dice este señor, á quien, desde luego, tratarán de combatir los paragüeros.

Y es que no siempre llueve, ni se predica, á gusto de todos.

Doctor Traveller.

MODAS

Esta sección está á cargo de la elegante Revista *La Ultima Moda.*



Traje de amazona para jovencita.—De sarga azul zafiro. Falda ceñida. Cuerpo sumamente ajustado, cerrado por compacta fila de botones de esmalte azul. La parte superior de los delanteros está plegada en pliegues escalonados. Cuello recto. Mangas ajustadas, abotonadas en las bocamangas. Honguito de fina paja azul zafiro, adornado con una draperia de gasa blanca.



ALCOY AL DIA

Contra lo dispuesto de manera terminante en el último bando publicado por la Alcaldía, el empleado municipal encargado de cazar los perros vagamundos, continúa entregado al *dolce farniente*.

¿A qué se espera? ¿A que alguno de esos canes que vagan sin bozal se coma un *beafteak* de carne de pantorrilla?

Pues como continúe incumplido dicho bando, no hay cosa más fácil.

—En la Parroquial de San Mauro y San Francisco y en la iglesia del Santo Sepulcro, continuarán en la tarde de hoy los ejercicios del mes del Corazón de Jesús.

En la Parroquial de Santa María se celebrará esta tarde la Hora del Santísimo Viático con sermón.

Mañana lunes, al anochecer, principia en la iglesia de San Agustín la *seisena* de San Luis Gonzaga, con el Señor expuesto.

—Ha regresado á Alicante, por Villena, la Comisión de profesores del Instituto Provincial que ha presidido los exámenes en el Colegio de Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

El número de exámenes ha sido este año de ciento treinta y ocho, siendo el resultado el siguiente:

48 sobresalientes, 34 notables, 30 buenos, 26 aprobados y ningún suspenso.

Reciban todos los alumnos y el digno profesorado del Colegio de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, nuestra afectuosa enhorabuena.

—Hemos tenido el gusto de darle un abrazo en nuestra Redacción á nuestro paisano y amigo de la infancia el eximio pintor D. Lorenzo Casanova.

Se propone pasar una temporada en una casa de campo contigua á Alcoy, para atender al restablecimiento de su salud.

—Esta noche dará su último concierto en el Teatro Principal, la notable orquesta *Blanco y Negro* que dirige D. Carlos Terraza.

El programa que publicamos á continuación no puede ser más excelente:

Primera parte.—1.° Juana de Arco. (Sinfonía). Verdi. (Por la orquesta).—2.° Intermedio-Gavota. Gillet. (Orquesta).—3.° Carmen. (Fantasía). Bizzet. (Orquesta).

Segunda parte.—1.° Retreta Austriaca. Keler Bela. (Orquesta). — 2.° Estudio de Concierto. Rubinstein. (Sr. Salvador).—3.° Adiós á la Alhambra. Monasterio. (Niña Remedios Sanchis, acompañada por la señora de Terraza).—4.° Agua, azucarillos y aguardiente. (Fantasía). Chueca. Acompañada á guitarras por los señores García y Vicent.

Tercera parte.—1.° Tutti in maschera. (Sinfonía). Pedrotti. (Orquesta). —2.° Il Pagliacci. (Fantasía). L. Caballo. (Cuarteto acompañado al piano por la Srta. Bergón). —3.° Pout-Purri. (Aires españoles). Terraza. (Acompañado de guitarras por los Sres. García y Vicent).

El éxito merecido que en Alcoy ha alcanzado la orquesta *Blanco y Negro*, ha de atraer esta noche al teatro una concurrencia muy numerosa.

En nuestro próximo número nos ocuparemos de este concierto y del celebrado anoche.

—Continúan los carros de transportar carnes desde el Matadero al Mercado público, en poder de los niños y armando éstos un conflicto á cada paso.

Ayer no ocurrió una sensible desgracia en la calle de la Casablanca, por milagro de Dios.

¿No hay medio de evitar estos abusos?

—Si el tiempo da su superior permiso, se celebrará esta tarde una variada función en la Plaza de Toros por la compañía gimnástica que dirige D. David Bernabé.

Entre los números del programa figuran el *estrepitoso* trabajo *La bajada del torrente* y la exhibición de *Periquito*, que es un precioso ejemplar de la encarnación del espíritu de un sabio en el cuerpo de un burro.

Auguramos un lleno.

—Las subastas verificadas ayer en el Ayuntamiento para el suministro de varios artículos de comer y arder al Hospital municipal, quedaron desiertas por falta de postores.

—Completamente restablecida de la grave enfermedad que padecía, anoche regresó de Valencia acompañada de su familia, la apreciable señora D.ª Amalia Vilaplana, esposa de nuestro querido amigo particular D. Bautista Romeu Bou.

Nuestra enhorabuena á la paciente por haber recobrado la perdida sulud, así como también al hábil operador el Dr. Sr. Spert.

—El gobernador civil de la provincia ha concedido autorización para celebrar cuatro novilladas en nuestra plaza de toros, los días 2, 9, 16 y 23 del próximo mes de Julio.

—El Director del *Heraldo de Castellón*, nuestro compañero y amigo D. José Castelló Tárraga, llora la muerte de su hijo Pepito, preciosa criatura de tres años.

Nos asociamos de todas veras á su sentimiento.

—Dícese que en la última reunión celebrada entre la junta del Banco y el ministro de Hacienda, se trató de la rebaja del 5 al 4 por 100.

La iniciativa ha sido del gobierno, porque el ministro de Hacienda cree necesaria dicha medida como preparatoria del empréstito que ha de consolidar parte de la deuda del Tesoro.

—Dicen de Valencia:

«La Junta de Peregrinación á Lourdes recuerda á los que deseen tomar parte en la misma que el día 20 y por última vez se cierra el plazo de inscripción y pago total del billete, no teniendo derecho al mismo los que no hayan abonado su importe en el referido día 20.

Del 25 al 30 se les entregará el billete definitivo en la parroquia de Santa Catalina mediante la presentación del resguardo entregado anteriormente, y al mismo tiempo se les dará una hoja con las instrucciones, actos religiosos y demás asuntos que puedan interesar á los peregrinos.

Los que procedan de las líneas de la Encina y Denia con los billetes de la peregrinación, podrán utilizar los trenes ordinarios, con tal de estar en Valencia el 30 por la noche para salir el 1.° de Julio á las cinco de la mañana.»

Imprenta del HERALDO DE ALCOY